

Enrique Labrador Ruiz

Psicología de quince a veinte



ESTA de moda que las jóvenes, mientras más jóvenes mejor, escriban libros de mucha trascendencia por lo menos en las cuestiones atañederas a la curiosidad, el interés por el sexo opuesto y un cierto cinismo frente a la vida. Si no, que lo diga *Bonjour tristesse*, de la señorita Françoise Quoirez, bien conocida por el seudónimo de Mademoiselle Sagan, traducido a una veintena de idiomas en ediciones que llegan al medio millón cuando menos. Ella cumplió el 20 de junio sus 20 años, ha conocido el buen éxito, Europa, Estados Unidos, y está preparando en estos momento, desde una playa floridana, otro golpe maestro: *Soledad de Caderas Estrechadas*. ¿Qué es eso? Ah, se trata de una muchacha emprendedora que pone su amor en un artista algo maduro, algo no exitoso. Parece que el título es lo más importante, aun cuando la situación se ilumina con el ingenio, la gracia, las salidas de tono de los contendientes, pues es una contienda sin lugar a dudas lo que se establece entre ellos. No ha dicho para cuando estará lista la obra, pero va a ser cruel y audaz. Es el resorte que usa.

No es sólo este libro de ahora, tan clamoroso, lo que evidencia la alternativa rotunda hacia la literatura de ficción que toman las muchachas, ya que siempre ha habido niñas precoces y hasta novelistas de menor edad, sino la disposición típica de estos tiempos para que personas sin mayores antecedentes caigan en ella. Veamos el

caso de una sirvienta, María Cruz Menero, de Valladolid; veamos el caso de una campesina, Antonia Burgos, de Villafranca, en Burgos, Córdoba. La doméstica de la tierra de Cervantes se presenta con una obra, *Este no es mi Destino*, en un festival organizado por Acción Católica y gana el premio (con lo cual prueba de verdad que... el servir no era su destino) y la campesina de Villafranca, casi analfabeta, además de la novela que le dió popularidad anuncia tener media docena en el telar. No debe olvidarse el caso de otra joven en Barcelona: Carmen Kurz, quien obtuvo el premio "Ciudad de Barcelona" con su *Duermen bajo el Agua*, novela sobre la ocupación alemana en Francia. Y hasta dos más: el de Ana María Matute y Libertad Masoliver. Y otro montoncito muy conocido puesto que sus obras se leen en todas partes: Carmen Laforet, Dolores Medio, Elena Quiroga, Luisa Forrellad, la Fórmica.

Lo importante es hacerse esta pregunta: ¿Está la mujer de hoy mejor dotada para escribir el romance, la aventura, el trabajo de imaginación, el vagabundaje mental, que lo estuvo antes? Por cada hombre que garrapatea alguna trivial historia resulta que ellas vienen dando el tono más alto, más profundo o más lírico, como si sus nervios y su sensibilidad estuviesen mejor acordadas para el trasiego de emociones. De lo cual se deduce que el género está pasando de manos; que ya estas muchachas de hoy miran con un poco de desdén el puro poema con flores y pajaritos, el aire apomelado de tanta literatura babieca y retienen con imperio el fuerte y áspero cañamazo imaginativo. Que sepan lo que hacen es sin discusión un hecho pues no en balde se conquistan cimas y posiciones. Pero falta saber si en ellas está lo que explica Koestler que debe ser la ambición de un escritor: el deseo de trocar cien lectores contemporáneos por diez lectores dentro de diez años, o por un lector dentro de cien años.

Estas muchachas ¡son un encanto! A última hora aparece Berthe Grimaud, quien a los 15 ha escrito *Beau clown*, anotaciones de colegiala, balbuceos..., y aparece del brazo de Sonia Fournier, ya clásica a los 17, con tres novelas de mucha entidad. La chica del *Hermoso payaso* es hija de labriegos y se atreve con la psicología, con los dis-

turbios mentales, con el mundo de los conflictos recónditos, como si nada, en medio de los balbuceos. ¿Qué decir de la Fournier? He advertido que se trata de una consagrada, cuya pareja está en España, por la densidad de su obra. Me refiero a Carmen Martín Gaité, la muy joven autora de *El balneario*, novela que obtuvo el premio "Café de Gijón" y de la que se hacen lenguas los más azerados críticos. Pero ya vienen otras y otras, y esto es lo de nunca acabar.

¿Y de qué pueden hablar personas que no han vivido, que no tienen pasado? He aquí el punto más importante para servir al relato; inventar es bien poco. Todo novelista o cosa que se le parezca se sirve de su memoria, de sus recuerdos, de aquellos hechos sensibles o difusos que un día le fueron revelados y en su momento, en el momento de la creación, se le vienen raudamente encima para volver a ser realidad.

A vista de lo que sucede uno se pregunta si no son ellas las relatoras de otras experiencias, en un ámbito de otra dimensión, dado que, según el juicio más corrientemente predominante, tales obras son en verdad un jirón de mundo auténtico, lejos de todo artificio. ¿Es, de nuevo, la sensibilidad femenina que restituye un vértigo de cicatrices adormecidas pero no muertas? Antonia Burgos y María Cruz Menero se dan la mano por encima de todo convencionalismo con George Sand y la Condesa de Noailles. Que no se trata de las impertinentes *medias azules* de otras épocas, sino de quienes sin preceptores ni preceptivas agarran por el cuello la mejor emoción.

Tengo un amigo, veterano novelista, que acaba de registrar en su viejo diario esta entrada: "Afortunadamente estoy perdiendo *la mala costumbre de escribir*. Si tengo deseos de hacerlo, muchos deseos, trato de reprimírmelos. Francamente, no voy a la mesa ni a la máquina sino después de reflexionar seriamente si es de verdad que tenga que escribir algo. Y llego a esta conclusión: No hace falta, nunca hizo falta que yo escribiera una palabra y ahora comprendo que sólo por vanidad, por suficiencia, por una suerte de erotismo es que yo perpetré la tontería de libros y más libros. Y si una exigua prudencia no hubiera dado cercén a estas alturas a tanto desmán, la manía,

la mala costumbre de escribir, tal vez me hubiera llevado a la locura de creerme un escritor, aun cuando inasimilable al medio, lo suficientemente vano para empecinarme en ello. A Dios gracias, todo está a punto de acabar y, haya o no reprensiones, sin posible reincidencia”.

Esta no es una excusa suficiente para dejar el campo a las muchachas escritoras, pero parece una explicación válida en torno a cierta realidad que hay que admitir.

La Habana, 1955.